»modos podreis mirarlas como dos calaveras bastante »elocuentes.»

DESDE LA APERTURA DEL PARLAMENTO

LARGO HASTA EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.

1640—1647.

Cediendo al parecer de la reina, Carlos I anunció al consejo de los Pares reunidos en York, la convocatoria de un parlamento.

Para conseguir ocuparse exclusivamente de los asuntos interiores, era preciso vencer á los escoceses. En vano se opuso Strafford al deshonroso tratado concluido con ellos; en vano demostró en una accion arrojada cuan fácil era derrotarlos, pues el rey que nada escuchaba, se apresuró á volver á Londres. El cuarto parlamento habia sido disuelto el 5 de mayo de 1640, y el 3 de noviembre del mismo año se abrió esta quinta asamblea, tan famosa en la historia con el nombre de *Parlamento Largo.*

Carlos habia pasado doce años sin reunir la cámara de los Comunes, y se habia dado prisa, despues de este espacio de tiempo á disolverla de nuevo; no es por consiguiente de extrañar que los Comunes irritados, cediendo á una reaccion natural, estableciesen el bill de los parlamentos trienales, y arrebatasen al rey el poder de prorogarlos y disolverlos; por este mero hecho, la monarquía constitucional se habia cambiado en una democrácia real. El monarca, que tanto habia combatido por la *prerogativa*, cuando no era virtualmente atacada, la abandonó en el momento mismo en que se le asestaban los mas rudos golpes.

Desconfiando de ser útil á tan débil príncipe, Strafford habia intentado retirarse del ministerio; pero Carlos retuvo á este fiel consejero, que no pudiendo servirle ya, se sacrificó á él.

Habiase concebido un designio digno ciertamente del resuelto carácter de Strafford: este ministro queria denunciar al Parlamento los miembros del mismo que habian llamado á Inglaterra el ejército escocés, pues existian las pruebas de este llamamiento; pero los hombres á quienes el ministro se proponia anonadar, se anticiparon á él; Pym presentó en nombre de los Comunes en la barra de la cámara de los Pares una acusacion de alta traicion contra Strafford, que fue inmediatamente preso y enviado á la Torre.

Creyendo entonces Carlos calmar á los Comunes, accedió á todo lo que quisieron intentar contra la autoridad de la corona; pero renunciando como acaba de decirse, al poder de disolver el Parlamento, se privó del medio mas seguro de salvar á su amigo.

Los gefes del partido eran en la cámara de los Lores el duque de Bedford, lord Say, lord Mandeville y el conde de Essex.

El duque de Bedfort, dueño de una inmensa renta, procedente en gran parte de las confiscaciones con que la corona habia dotado su familia, estaba adornado de ese buen sentido comun, que el vulgo toma por sabiduría; envanecido de una riqueza de mal orígen y de una razon que bastaba tan solo para los asuntos ordinarios de la vida, y mirando las mercedes de las córtes, no como un favor, sino como un tributo pagado á su poder, Bedford, partidario entusiasta del régimen legal, y cuyos bienes eran los inicuos presentes de la arbitrariedad, se reservaba el derecho de ser ingrato en el dia del infortunio.

Lord Say, furibundo puritano, poseia una regular fortuna. Su ambicion era desmedida, su espíritu sagaz, su carácter reservado; los realistas no tenian un enemigo mas temible.

Sin talentos reales, pero dotado de cortesanía y de cierta sinceridad, lord Mandeville se granjeó el aprecio y la confianza de los Comunes.

El conde de Essex, jugete de los caudillos populares que lisonjeaban su vanidad, era uno de esos hombres de juicio escaso é inexacto, para quienes nada dice la experiencia; hombres que ven la felicidad de la especie en la ruina del individuo, siempre dispuestos á reincidir en las mismas faltas, siempre asombrándose de lo que sucede; personajes que son los necios de un partido, así como otros son los especuladores ó los héroes.

Pym, encargado de todas las proposiciones de leyes en la cámara de los Comunes, no tenia mas talento que el de los negocios, á los que parecia dar cierto aplomo por medio de una palabra pesada y un tono dogmático; pero no carecia de consecuencia, y su juicio era exacto. Deseaba únicamente una mejora en el gobierno; pero gefe de los reformadores al nacer los disturbios, se halló muy á su espalda cuando la revolucion hubo hecho progresos.

Hampden llegó oportunamente para cooperar á la ruina de un imperio; este hombre que habia pasado súbitamente de una vida disipada á las costumbres mas severas, y que ocultaba bajo las apariencias de la afabilidad, gigantescos proyectos, es probable concibiese la idea de una república cuando no se pensaba aun sino en los privilegios parlamentarios.

El secreto de la fuerza de Hampden consistia en la flexibilidad de sus talentos: su elocuencia y su ingenio eran concisos ó difusos, claros ó misteriosos, segun cuadraba á sus designios; y esta oscuridad de que era árbitro, le revestia de mayor poder, identificándole mas con los defectos de su siglo. Ora resumia los debates del Parlamento con admirable precision, cuando contribuian al triunfo de su opinion; ora involucraba las cuestiones de tal manera que conseguia aplazarlas, si anunciaban resolverse en sentido contrario á su parecer. Atento y modesto con artificio, aparentando desconfiar de su juicio y ceder al ajeno, concluia siempre logrando lo que deseaba. Intrépido en el ejército y profundo en el conocimiento de los hombres, fue el único que adivinó á Cromwel, cuando la muchedumbre nada descubria aun en este destructor del trono de los Estuardos. Así penetró Silas el alma de César, pues las águilas vuelan desde lejos y desde alto. Háse creido, no obstante, que Hampden se dejó tentar por la proposicion que se le hizo de ser ayo del príncipe de Gales, si accedia á comprometerse, en union con Pym y Hollis, á salvar á Strafford.

Sombrío, vengativo é implacable, Saint-John, formaba con Pym y Hampden, el triunvirato que dominaba la nacion. Los tres se valian además del fanatismo de Fiennes y de los talentos de sir Enrique Vane.

Unia este á un profundo disimulo, mucha perspicacia y una palabra incisiva; en la no comun fealdad de su rostro creia el vulgo leer destinos extraordinarios. Dominado por una imaginacion inquieta é impetuosa, libertino en Londres, puritano en Ginebra y sedicioso en Boston, Vane excitaba disturbios por donde quiera, enardeciendo los ánimos mediante la ostentacion de principios de que se burlaba. Despues de una vida aventurera en todos los paises, regresó á su país donde la revolucion parecia atraer su genio fatal.

Habiendo sido acusado Strafford, el Parlamento creyó que era llegado el tiempo de recurrir á las grandes medidas populares. El pueblo hizo salir de las cárceles y pasear en triunfo á tres escritores condenados como libelistas, pues en tiempos de disturbios políticos la licencia de la prensa se confunde frecuentemente con la libertad de la misma, recurriéndose luego al temor que inspira la primera para aherrojar la segunda: Milton tomó la pluma en favor de esta. Encuéntrase por primera vez el gran nombre del

Homero inglés confundido con los de los folletistas de su época, como se lee el nombre de Oliverio Cromwell en el escalafon de los coroneles ó capitanes de caballería del ejército parlamentario.

Numerosas peticiones eran llevadas en hombros de casa en casa, cubiertas con las firmas de honrados ciudadanos, cuya buena fe era sorprendida. Cualquiera que en la cámara popular se mostraba moderado, perdia su puesto, y se hallaban cien causas de nulidad contra su eleccion, mientras que todo el que adoptaba de una manera violenta las ideas dominantes, conservaba su diputacion, aunque su eleccion adoleciese de todas las ilegalidades. Habiendo pasado el poder á los Comunes, fácil fue preveer la muerte de Strafford.

Este hombre solo tuvo un defecto, causa de su perdicion: despreciaba demasiado los consejos y los obstáculos. Formado por la naturaleza para el mando, la mas ligera contradiccion le era insoportable. El imperio pertenece sin duda á los talentos, y la soberania reside en el genio; pero es una desgracia que el sentimiento de una superioridad incontestable se revele al que la posee en un puesto secundario, cuando le es imposible llegar al principal. Lo que seria grandeza y poder legítimo en el mas alto grado del órden social, se convierte en orgullo y tiranía, en un grado inferior.

Conducido ante la cámara de los Pares, sin asistencia, sin preparacion, sin conocer siquiera las acusaciones de que era objeto, luchando solo contra la debilidad del rey, el ardor de los Comunes y el torrente de la enemistad popular, Strafford se defendió con tanta presencia de ánimo, que sus jueces no se atrevieron á sentenciarlo.

Todas las palabras del ilustre desgraciado fueron tranquilas, dignas, patéticas y modestas. Su discurso, que ha llegado hasta nosotros, no está recargado con el fárrago propio de la época. Strafford se mostró en su adversidad tan superior á los Pym y á los Fiennes, por la brillantez del genio como por la elevacion del alma. La conclusion de su defensa, citada en todas partes, arrancó lágrimas á sus enemigos.

«Milores: he detenido aquí á vuestras señorías »mucho mas tiempo de lo que hubiera debido; ines»cusable seria si no hubiese hablado en interés de es»tas prendas, que una santa que ahora habita el cielo, »me ha dejado (mostraba á sus hijos, y sus lágrimas »le interrumpieron); lo que pierdo es nada; pero confieso que lo que mis indiscreciones van á hacer »perder á mis hijos me afecta profundamente: os »ruego me perdoneis esta debilidad. Hubiera querido »decir algunas palabras mas, pero no me es posible »en este momento: asi pues, callaré....

»Y ahora, milores, doy gracias á Dios por haberme »hecho conocer, por su gracia, la extremada vanidad »de los bienes terrenos, comparados con la impor»tancia de nuestra salvacion. Me someto, milores, »con toda humildad y toda paz de espíritu á vuestra »sentencia. Ya sea para la vida, ya para la muerte »vuestro equitativo juicio, descansaré lleno de grati»tud y de amor en los brazos del Supremo Autor de mi »existencia.»

Sócrates se mostró menos resignado, pues acusó á sus jueces al fin de su apología. «Es tiempo, les dijo »de retirarme, vosotros *para vivir*, yo para morir.»

Solo á fuerza de amenazas se consiguió hacer condenar á Strafford en la cámara de los Pares; y á pesar de estas violencias, diez y nueve votos se atrevieron á absolverle contra cuarenta y seis.

El acusado se habia dirigido especialmente en su defensa contra su acusador Pym, que se vió reducido á la necesidad de balbucear una mezquina réplica. El encono de los Comunes contra Strafford, era acaso tan vivo porque el noble par habia formado parte de la cámara popular, y se habia mostrado ardiente contrario de la corona; así es que los caudillos plebeyos le miraban como un desertor. La envidia hacia tambien blanco de su saña la elevacion del ministro de Carlos, pues el mérito olvidado complace, pero recompensado, ofusca. Y es preciso añadir que los partidos están dotados de un prodigioso instinto para descubrir y perder á los hombres capaces de combatir sus proyectos. En las grandes revoluciones, el talento que lucha de frente con ellas es anonadado; solo el que las sigue puede dominarlas, y las domina de hecho cuando habiendo agotado sus fuerzas, no tiene ya en su apoyo el peso de las masas y la energía de los primeros movimientos. Pero esta especie de talento, cómplice, digámoslo asi de las revoluciones, pertenece á hombres mas grandes por su cabeza que por su corazon, puesto que se ven obligados durante mucho tiempo á ocultarse en el crímen para asaltar el poder.

Temblando Carlos en su palacio al pensar en los peligros de la reina, nombró una comision encargada de ratificar *todos* los bills presentados á la sancion régia, entre los cuales se hallaba el que condenaba á Strafford: ¡última y miserable debilidad de un príncipe que intentaba cohonestar su ingratitud á sus propios ojos, comprendiendo en un acto *general* de la autoridad suprema el acto *particular* que daba la muerte á un amigo! Sabido es que el monarca se resolvió á permitir la ejecucion de la sentencia por lo mismo que hubiera debido robustecerle en la resolucion de oponerse á ella. El magnánimo Strafford escribió una carta á Carlos, para descargar la conciencia de su rey, y darle el permiso de hacerle morir.

«Mi vida, le decia, no vale los cuidados que V. M. se »toma para conservármela. Me apresuro, pues, á »dárosla en cambio de las mercedes con que me ha»beis colmado y como una prueba de reconciliacion »entre vos y vuestro pueblo. Dirigid únicamente una »mirada de compasion sobre mi pobre hijo y sus tres »hermanas.»

De todos los consejeros de la corona, solo Juxon, obispo de Londres, tuvo el valor de decir al rey que no debia acceder á la sentencia de muerte, si no juzgaba culpable á Strafford. ¡Ejemplo aterrador de la divina justicia! Ese mismo Juxon, ese recto y animoso prelado, ausilió en el cadalso á Carlos I.

Cuando Strafford supo que su suplicio habia sido autorizado, se levantó con asombro y exclamó con las palabras de la Escritura: «No pongais vuestra confian»za en la palabra de los príncipes ni en los hijos de los »hombres.» ¿Habia tenido fe en el valor del rey, ó es que un resto de amor á la vida se habia deslizado en el fondo de su elevado corazon?

Empero Carlos no aplacó los ánimos, dejando verter la sangre de su ministro; que nunca una bajeza será poderosa á salvar un hombre. Los príncipes de la tierra que arriesgan con frecuencia su corona por faltas ó por crímenes, obrarian con mas acierto comprometiéndola algunas veces por causas santas.

Por lo demás, el desgraciado Estuardo no dejó de acusarse su falta; y condenado á su vez, declaró que su muerte era una justa expiacion de la de Strafford. Esta confesion pública, pronunciada en alta voz sobre el patíbulo, es una de las mas altas lecciones de la historia: la posteridad no ha absuelto al amigo, pero ha perdonado al monarca, merced á la sinceridad del arrepentimiento y á la grandeza de la expiacion.

Es cierto que Strafford se habia hecho culpable de actos arbitrarios en Irlanda; pero este país habia sido gobernado siempre por la autoridad militar y por leyes excepcionales. Además, los límites de los privilegios de la corona y los derechos del Parlamento estaban aun tan mal deslindados, que cualquiera podia colocarse al lado de uno de estos dos poderes, en virtud de antecedentes de igual autoridad. Cincuenta años despues, Strafford hubiese sido condenado con severidad, pero con justicia; mas en la época en que

fue sentenciado, las leyes que se le aplicaban, ó aun no estaban confeccionadas, ó eran objeto de controversia, ó quedaban derogadas por otras.

El bill de *atainder* envolvió implícitamente el delito y la pena; la sentencia fue á la vez un juicio y una ley que tenia efecto retroactivo: adolecia por consiguiente de violencia y de iniquidad.

Strafford se preparó al suplicio con inalterable calma (1). En la mañana del 23 de mayo de 1641, se le condujo al lugar de la ejecucion: al pasar al pié de la torre en que estaba encerrado el arzobispo Laud, acusado como él, levantó la voz y pidió al prelado le bendijese. El anciano se acercó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas surcaban sus mejillas;

EL ARZOBISPO LAUD, BENDICE Á LORD STRAFFORD MARCHANDO AL PATÍBULO.

sostenianle dos eclesiásticos. Strafford se arrodilló, y Laud pasó sus manos á través de la reja, procurando dar una bendicion que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron concluir, pues cayó desmayado en brazos de sus dos familiares.

Strafford se levantó y volvió á emprender el camino del cadalso, á donde debia seguirle el anciano prelado. El ministro de Carlos marchó al suplicio con tranquilo continente en medio de los insultos del populacho. Antes de colocar su cabeza en el tajo, pronunció estas palabras: «Temo que una revolucion que empieza derramando sangre, termine con las mayores calamidades, labrando la ruina de los mismos que la provocan.» Esto dicho, entregó su cuello y pasó á la eternidad en 1641.

(1) Léase, en la coleccion de las cartas de Strafford, la que escribió á su hijo antes de subir al patíbulo.

La revolucion precipitó su carrera, y el rey se trasladó á Escocia: estalló la conspiracion irlandesa, y fue seguida de una de las matanzas mas horrorosas de que la historia hace mencion; los gefes del partido puritano aprovecharon esta coyuntura para acelerar la marcha de los acontecimientos. Carlos regresó de Escocia; el Parlamento le hizo representaciones sediciosas, é hizo prender á los obispos.

Exasperado por tantas afrentas, el rey acusó personalmente de alta traicion en la cámara de los Comunes, á los seis miembros mas famosos de la fraccion puritana.

Advertidos estos de tan imprudente paso, por una indiscreccion de la reina, se refugiaron en la ciudad. Estalló una insurreccion, y se esparcieron los mas absurdos rumores: ya se decia que los *caballeros* (los realistas), debian hacer saltar en el aire el rio, mediante la explosion de una mina; ya se aseguraba que los mismos *caballeros* acababan de prender fuego á las casas de los *cabezas redondas* (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obligó al rey á dar su sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. Enriqueta abandonó la Inglaterra, y Carlos se retiró á York despues de haberse negado

CROMWELL DISUELVE EL PARLAMENTO.

á firmar el bill relativo á la milicia, bill encaminado á poner el poder militar á discrecion de la cámara electiva, y por una y otra parte se prepararon á la guerra.

Obsérvase en la conducta del rey, desde su advenimiento al trono hasta la época de la guerra civil, esa incertidumbre que prepara las grandes catástrofes. Obstinado en la *prerogativa*, primero se la dejó arrancar á girones, para entregarla luego por entero;

era valiente, pudo remitir á la espada la satisfaccion de sus ofensas, y solo acudió á las armas cuando sus enemigos habian adquirido el poder de resistirse; todas las vias constitucionales le estaban expeditas para obrar en nombre de la Constitucion, hasta contra el Parlamento, y no entró en ellas. Por último, Carlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas, porque su época se habia anticipado á él, y no era ya únicamente su nacion la que le arrastraba, sino el género humano: aspiraba á lo que ya no era posible. La libertad conquistada fue primero á perderse en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía; arrebatada empero á los padres, fue restituida á los hijos, y subsistió en ultimo resultado en Inglaterra.

En los combates de pluma que precedieron á otros mas sangrientos, el partido de Carlos tuvo casi siempre razon, así en el fondo como en la forma; este partido estableció de una manera terminante y precisa todas las cuestiones relativas á las diferentes formas de gobierno, y probó que la Constitucion inglesa se componia de monarquía, de aristocracia y de democracia (esta era la primera vez que se usaba semejante lenguaje); probó asimismo que las peticiones del Parlamento tendian á desnaturalizar la constitucion monárquica, y á arrojar á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de todos. Falkland y Clarendon escribieron en favor del rey, aunque uno y otro eran declarados enemigos de las arbitrarias medidas de la córte.

¿Por qué fue desoido un partido tan sensato en sus doctrinas? Consiste esto en que no se le creyó sincero, y en que se mostró frio; hallábase colocado al lado de un poder que propendia á conservar, en tanto que las pasiones militaban en favor de otro que trabajaba por destruir. Finalmente, este partido era sobrepujado en sus sentimientos de libertad por los puritanos, que marchaban á la república. Andando el tiempo, volvieron á triunfar los principios de Falkland y Clarendon, pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así volvió la Francia en 1814 á las doctrinas proclamadas en 1789, habiendo podido evitarse el lujo de sus desdichas.

Sin embargo, ¡triste es decirlo! los crímenes y las miserias de las revoluciones no son siempre tesoros de la cólera divina, esparcidos sin un alto objeto entre los pueblos. Estos crímenes y estas miserias aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la energía que les dan, por las preocupaciones de que las libran, y por las luces con que las iluminan. Estos crímenes y estas miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las hacen circunspectas y las fortifican en los principios de una razonable libertad: principios que nos inclinariamos á considerar como insuficientes, si no existiese la triste esperiencia de una libertad bajo otra forma.

Falkland nos ha dejado uno de esos recuerdos mezclados de melancolía y de admiracion que enternecen. Estaba dotado del triple genio de las letras, las armas y la política; fue fiel á las Musas en los campamentos, á la libertad en los palacios de los reyes, y adicto á un monarca desgraciado, sin desconocer sus faltas. Abrumado por los males de su país y cansado de la vida, se entregó á una tristeza que se revelaba hasta en el desaliño de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: todos adivinaron su intento de abandonar la vida al verle cambiar sus vestidos, pues se habia ataviado como para un dia de gran solemnidad.

El canciller Clarendon, que por su parte sirvió tan bien á Carlos I, murió mas tarde en Ruen, desterrado por Carlos II, que le debia en parte su corona. En el reinado de este príncipe, se condenó á ser quemada por mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado cuyos escritos, mezclados con los de Falkland, habian hecho triunfar la causa realista.

Hume dice que el estandarte real plantado en Nottingham, dió la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nacion. Clarendon observa que los parlamentarios cometieron el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de Hull. Esta observacion es justa; pero téngase en cuenta que el Parlamento habia obrado en provecho de sus intereses, porque, cuando en las convulsiones políticas de los imperios se ha llegado al empleo de la fuerza, se trata menos del primer ataque que de la última victoria.

La fortuna se declaró al principio en favor del rey, pues la reina le habia llevado socorros, y reunió en Oxford los miembros del parlamento que se habian mantenido fieles á su causa, para combatir al parlamento de Londres; así, en tiempo de la Liga, habia en Francia el parlamento de Tours y el de París; «pero despues de mil peripecias repentinas y de inauditos cambios, la rebelion, refrenada mucho tiempo, se hizo al fin señora de todo; la licencia no conoció freno alguno, las leyes fueron abolidas, la magestad real violada con atentados desconocidos hasta allí, y la usurpacion y la tiranía se engalanaron con el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos contratiempos se compendiaron en un hombre: no es esto decir que Cromwell fuese el adversario de Carlos, (en tal caso la lucha hubiera sido aun harto desigual), pero era el destino visible del momento. Si Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey conseguian algunas ventajas, la presencia de Cromwell las inutilizaba. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural parecia: bufon y trivial en sus pasatiempos, lento y tenebroso en su espíritu, poco expedito en su locucion, advertiánse en sus acciones la rapidez y el efecto del rayo. Habia algo de invencible en su genio, como en las nuevas ideas de que era campeon.

Oliverio Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en Huntingdon el 24 de abril del último año del siglo XVI. Roberto tuvo diez hijos, de los cuales fue Oliverio el segundo; todos los hermanos de este murieron de tierna edad. Milton ha ensalzado, al paso que otros han deprimido la familia del Protector, quien dijo en uno de sus discursos que no era ni bien ni mal nacido, lo que era bastante modestia por su parte, porque su nacimiento era bueno, y notables sus alianzas. Los primeros biógrafos de Cromwell, especialmente los franceses, dicen que al principio sirvió en el continente, y que habiéndose presentado al cardenal Richelieu, este predijo su futura elevacion: fábulas relegadas hoy al olvido. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la férula de un doctor llamado Tomás Beard, párroco de esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque componia piezas dramáticas para sus alumnos, pues Cromwell nunca supo bien la ortografía.

Enviado á Cambridge al colegio de Sydney-Sussex, el 23 de abril de 1616, estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, y aprendió un poco de latinidad. Waller dice que conocia bien la historia de Grecia y Roma; era aficionado á los libros, y escribia fácilmente mala prosa y pésimos versos.

Muerto su padre, y habiéndole su madre llamado cerca de sí, fue, durante dos años el asombro de Huntingdon, por sus excesos. Enviado luego á Lincoln-Inn, para que estudiase leyes, lejos de dedicarse á ellas, se encenagó en la disolucion; y habiendo regresado de Londres á su provincia, contrajo matrimonio con Isabel de Bourchier, hija de sir James Bourchier, natural del condado de Essex, mujer fea y bastante infatuada

con su nacimiento; una sola carta suya que ha llegado á nosotros, prueba que su educacion habia sido completamente descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia á la sazon veinte y un años, cambió súbitamente de costumbres, se afilió en la secta puritana y se entregó al entusiasmo religioso, que, unas veces fingido y otras verdadero, conservó toda su vida. En adelante veremos los extraños contrastes de su carácter.

Habiéndole rodeado de algunas comodidades, una herencia, llegó á ser *gentleman farmer* en la isla de Ely, siendo elegido en 1628 miembro del tercer parlamento de Carlos en el que solo se hizo notable por su fervor religioso y por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton. Su acento era bronco y apasionado, sus ademanes groseros, y su vestir sucio y desaliñado. Su estatura era de cinco piés y cinco pulgadas, ancho de hombros, de abultada cabeza y de rostro encendido.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, Cromwell desaparece de la escena pública, donde no vuelve á presentarse hasta la convocacion del parlamento de 1640. Sábese únicamente que habiendo las censuras y la intolerancia de la cámara Estrellada obligado á muchos ciudadanos á trasladarse á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Oliverio Cromwell determinaron emigrar á este país. Mas, es el caso que habiendo elegido por punto de su residencia en las regiones salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por los lores Brook y Say, hallábanse ya á bordo de un buque surto en el Támesis, cuando les obligó á desembarcar un edicto concebido en estos términos:

«Se prohibe á todos los mercaderes, dueños y propietarios de buques, hacer salir al mar un bajel ó »bajeles con pasajeros, antes de haber obtenido una »licencia especial de algunos de los lores del consejo »privado de S. M., encargados de las plantaciones de »Ultramar.»

Así pues, Hampden y Cromwell, en lugar de ir á sepultarse en los desiertos de la América, segun habian resuelto, se vieron detenidos en Inglaterra por órden de Carlos I: no existe en los anales humanos un ejemplo mas evidente de la fatalidad.

Obligado Cromwell á permanecer en Inglaterra, por mandato del rey á quien debia conducir al cadalso, y no sabiendo qué direccion dar á su turbulenta inquietud, se opuso al desecamiento, muy útil por otra parte, de las lagunas de Cambridge, de Huntingdon, Northamton y Lincoln, que habia emprendido el conde de Bedford. Esto le valió, por parte de los poderosos á quienes atacaba, el sarcástico nombre de *lord de las lagunas;* pero los partidos popular y puritano le eligieron miembro de la cámara de los Comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de mayo de 1640, á causa del ataque que dirigia contra la nobleza. Habiendo sido disuelto bruscamente este cuarto parlamento, el oscuro diputado volvió á mostrarse el mismo año en ese largo parlamento que debia labrar su fortuna y ser luego destruido por él.

La naciente revolucion no se equivocaba acerca de su caudillo, aunque era aun el miembro mas ignorado de aquellos famosos Comunes. El genio del Protector se despertó al primer grito de la guerra civil: voluntario primero, y luego coronel parlamentario, organizó un regimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina, pues el fraile se convierte fácilmente en soldado; y para vencer el principio de honor que animaba á los *caballeros*, reclutó en su servicio el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. No tardó pues, en ser el alma de todo; refundió y reconstituyó el ejército; y sabiendo hacerse eximir de los bills que inspiraba al Parlamento, se ostentó como un poder arbitrario en medio de una faccion enteramente democrática.

(1) Es preciso no confundir las faltas de ortografía y de lenguaje en los manuscritos de la primera parte del siglo XVII, con la ortografía y las lenguas de la misma época, que aun no se habian fijado y variaban en cada pais, segun las diferentes provincias.

DESDE EL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA PRISION DEL REY.

1642-1647.

Cromwell se encumbró adoptando el partido de ponerse á la cabeza de los *independientes*, secta derivada del puritanismo, y cuya exageracion constituyó su fuerza. Los miembros *independientes* del Parlamento llegaron á ser los tribunos de la república: los generales y oficiales del ejército fueron reemplazados por generales y oficiales independientes, y en cada regimiento se establecieron comisarios que desconcertaban las medidas de los capitanes moderados; el resultado de esto fue exaltar hasta el colmo del fanatismo el espíritu de las tropas.

En vano Carlos, revestido aun de una sombra de poder, quiso tratar con Huxbridge, pues rota la negociacion se renovó la guerra. Montrosse alcanzó algunas estériles victorias en Escocia. «El conde de »Montrosse, escocés y cabeza de la casa de Gra»ham, dice el cardenal de Retz, es el único hom»bre del mundo que me ha traido á la memoria la »imágen de algunos héroes que solo se ven ya en las »*Vidas* de Plutarco; este noble habia defendido en su »país el partido del rey de Inglaterra con una grande»za de alma sin ejemplo en aquel siglo.»

A pesar de esto, Montrosse no era un varon de Plutarco, sino uno de esos hombres que un siglo que termina lega á otro que empieza: sus antiguas virtudes son tan hermosas como las nuevas, pero son estériles, porque plantadas en un suelo exhausto de vida, ya no las fecundan las costumbres nacionales.

Mientras unos y otros se degollaban en los campos de Inglaterra, les Comunes daban batallas en Londres, derribando cabezas sin arriesgar las suyas. El arzobispo Laud, preso hacia mas de tres años, fue sacado del calabozo por la venganza de Prienne, y subió al patíbulo el 10 de enero de 1645. Este inflexible prelado habia sido muy perjudicial á Carlos, puesto que le habia inculcado la idea de la supremacia episcopal, é inducídole á emprender lo que no tenia fuerzas bastantes para llevar á cabo. Laud, apoyado en su báculo pastoral, se hallaba naturalmente tan cercano al fin de su carrera, que bien hubiera podido prescindirse del trabajo de empujarle hácia él. «De edad de setenta y seis años, venerable »por sus virtudes.... miró la muerte sin caer en esa »pusilaminidad propia de los viejos, que desde el »borde del sepulcro piden al cielo les conceda algunos »desgraciados momentos, que intentan agregar al »considerable número de sus años (1).»

Batido en todas partes y completamente derrotado en Naseby en junio de 1645, Carlos creyó hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas; y saliendo de Oxford, á donde se habia refugiado, fue á reunirse al ejército escocés, con cuyos gefes habia tratado en secreto. Fue conducido á Newcastle, donde se abrieron nuevas comunicaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés, y todos instaban á Carlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses ó los *santos*, que tal nombre se daban á sí mismos; los *presbiterianos* temerosos de los *independientes;* el

(1) Vida de Enriqueta de Francia.